

## ADAM SMITH, SOCIÓLOGO Y ECONOMISTA

POR LOS

Dres. Benjamín Cornejo y Alfredo Poviña

---

Natural de Escocia, (1723) estudió en la Universidad de Glasgow, habiendo sido discípulo de Hutcheson. En la misma Universidad ocupó la cátedra de Lógica y más tarde la de Filosofía Moral. En 1764 viajó por Europa poniéndose en contacto con Voltaire, los fisiócratas y los enciclopedistas. En 1759 publicó la "Teoría de los sentimientos morales" y en 1776 la obra a la que debe su justa celebridad como economista: "Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones". Murió en 1790.

Existe unanimidad de pareceres en cuanto a la capital importancia de Adam Smith como economista y la decisiva influencia que para la formación de la ciencia económica tuvo "La Riqueza de las Naciones". La gloria con ella alcanzada por nuestro autor ha tenido el efecto de relegar a segundo plano "La teoría de los sentimientos morales", de manera tal que lo que nosotros juzgamos un aspecto fundamental de su doctrina es poco menos que desconocido. Este aspecto nos muestra a Adam Smith como un auténtico precursor de la sociología; Giddings ha llegado a decir que "si volviese a escribir el esbozo del desenvolvimiento de la teoría social, reclamaría para Adam Smith el primer puesto entre los sociólogos", "porque había bosquejado un sistema completo de ciencia social".

En la "Teoría de los sentimientos morales", es posible distinguir un primer aspecto negativo en el que se hace la crítica de las doctrinas existentes sobre la vida moral. Mandeville, autor de la célebre "Fábula de las abejas" sostiene la paradójica tesis de que la felicidad y la moralidad del individuo no pueden subsistir en la sociedad y en la civilización, porque los verdaderos fundamentos de éstas son los intereses egoístas, revelados en formas hipócritas. Smith le reprocha la calificación de vicios a lo que solo son deseos

naturales, como el interés personal, que no es un vicio sino solamente una virtud inferior o instinto natural que conceptúa determiniante del bienestar social.

Smith debe a Hutcheson los fundamentos de su teoría de la simpatía en cuanto éste intenta fundar la ética apoyándose en la naturaleza real del hombre; en ella, al lado de instintos egoístas, es preciso reconocer la existencia de sentimientos simpáticos, a cuyo servicio se pone la razón, facultad de la cual no puede prescindirse y que, juntamente con la experiencia, produce el sentido moral. Este es el aporte fundamental de Hutcheson, a quien Smith considera como el primero que ha destacado la función de la razón en la génesis del fenómeno de la simpatía.

Este sentimiento que ya fué considerado, entre otros, por Aristóteles y Bodin ha sido estudiado detenidamente por Smith que hace de él la verdadera base y el fundamento de la vida moral y en cuanto es un poderoso factor para la conservación del orden en la sociedad. Esta es la parte positiva de su doctrina sociológica-moral.

Define la simpatía como una conformidad de sentimiento, es decir, como un sentir común (a fellow feeling) de orden moral. Es de naturaleza eminentemente social y solo existe cuando el hombre vive en sociedad, porque en la formación de nuestros juicios morales, partimos no de nosotros mismos a nuestros semejantes, sino de nuestros semejantes a nosotros mismos; partimos de lo exterior para conocer lo interno. Este es el proceso que origina la forma de la simpatía denominada instintiva, en virtud de la cual el individuo tiende a ponerse en el lugar de otro individuo, experimentando los mismos sentimientos. Es una tendencia involuntaria que no se puede anular; una simpatía orgánica como fenómeno del contagio afectivo, a la vez que altruista, en cuanto deriva directamente del instinto gregario.

También reconoce Adam Smith la existencia de una forma superior, que llama la simpatía racional, hoy denominada generalmente reflexiva, en la que participa ya la conciencia e intervienen los factores intelectuales. Existe cuando nos imaginamos que en la misma situación del sujeto observado, tendríamos idénticos sentimientos con igual intensidad, lo que nos lleva a comprender su actitud y a simpatizar con él. Supone conocimiento de la causa del

sentimiento y proporcionalidad con el efecto producido; “no proviene tanto de la vista de la pasión, cuanto de la situación que la excita” y así sucede que a veces sentimos una pasión que el sujeto actuante es incapaz de experimentar y la sentimos porque nos ponemos en su caso e interviene nuestra propia imaginación que no refleja exactamente la realidad. Ahora bien, “cuando las pasiones de la persona interesada guardan perfecta simpatía con las nuestras, las hallamos legítimas y, al contrario, cuando no estamos dispuestos a sentir como ella, sus sentimientos nos parecen injustos e inmotivados. Aprobar o desaprobamos las pasiones de otros equivale, pues, para nosotros, a reconocer que simpatizamos o no con ellos”.

Sin la simpatía en sus diversas formas no es posible, según Smith, la existencia de la moralidad en la sociedad humana; es el elemento explicativo del proceso de formación del juicio moral y, en su forma altruista, refuerza el sentido de las obligaciones éticas; el orden social supone siempre un alto grado de simpatía y sobre ella reposa la organización de la vida colectiva.

Tal es la doctrina de moral social desarrollada por Adam Smith, Entre ella y la doctrina económica contenida en “La riqueza de las Naciones, se ha querido encontrar cierta contradicción en cuanto en ésta se toma como base el interés personal y en aquella el fenómeno de la simpatía aparece como el fundamento de la vida social. Sin embargo, puede afirmarse con Buckle que estas dos obras son partes complementarias de un gran esquema, la expresión abstracta de dos tendencias de la naturaleza humana considerada como un todo, en la que es posible distinguir, con respecto a la misma persona, dos posiciones diferentes: la de actor y la de espectador. Desde el primer punto de vista, el individuo es juez de sus propios actos, que los califica como justos o como malos; es su posición moral. En cambio, desde el punto de vista económico, se trata de la posición del espectador imparcial que observa el mundo exterior como un simple representante. Por otra parte, el egoísmo (*the passion of selfishness*) es el móvil psicológico fundamental para la economía, que se encuentra dominada por el interés, en tanto que la simpatía o sentimiento benevolente tiene su propio campo de acción en el mundo social; pero ambos elementos no son sino dos fases diferentes de una sola naturaleza humana.

Para explicar el contenido de las "Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones" nos parece útil seguir a Adam Smith en el plan con que desarrolló su pensamiento.

Las primeras palabras de la Introducción, que sirven como de pórtico a la obra, definen ya la posición de Smith en un aspecto fundamental de la teoría económica: "El trabajo anual de cada nación es el fondo donde originariamente se encuentran todas las cosas necesarias y cómodas de la vida, las que ella consume anualmente y que consisten siempre o en el inmediato producto de aquel trabajo o en aquello que con el mismo se adquiere".

El fenómeno económico primario que más le impresiona es la división del trabajo, a la que dedica el capítulo primero del primer Libro de la obra, y que considera como la causa del mejoramiento de la fuerza productiva del trabajo. Ejemplifica a renglón seguido con el célebre caso de la fabricación de alfileres demostrando cómo la división del trabajo acrece en cuatro mil ochocientas veces la productividad de cada obrero. Estudia la división del trabajo en dos aspectos fundamentales: dentro de una misma manufactura y en la especialización profesional y destaca, por otra parte, cómo en la agricultura la división ofrece limitadas posibilidades. La mayor productividad del trabajo así dividido deriva de tres consecuencias inmediatas que anota: el aumento de destreza, el ahorro del tiempo que se pierde al pasar de una ocupación a otra y la invención de un gran número de máquinas. Pone especialmente de manifiesto que la división del trabajo ha mejorado notablemente la condición de vida de todas las clases sociales, refiriéndose al caso de un obrero que al usar un traje usufructúa el trabajo de numerosas personas de todos los países. La división del trabajo no es originariamente el efecto de la sabiduría o del ingenio, ni un fin alcanzado preconcebidamente sino "la consecuencia necesaria, aunque lenta y gradual, de una cierta tendencia de la naturaleza humana", la tendencia de traficar y cambiar una cosa con otra, facultad que pertenece exclusivamente a la especie humana y que trae progresivamente la especialización, que es, a la vez, causa y efecto de la diferencia de talentos. Afirma que la división del trabajo está limitada por la extensión del mercado.

Aún cuando la división del trabajo haya aparecido, los cam-

bios entre los componentes del grupo social no alcanzan su plenitud sino por la aparición de la moneda o mercancía intermedia que es por todos aceptada. Enuncia seguidamente la famosa distinción entre valor de uso y valor de cambio y entra a tratar de lleno el problema de los precios.

La causa originaria del valor de las cosas es el trabajo y la medida del valor está dada por la cantidad de trabajo que las cosas han costado o que la posesión de tales cosas nos ahorra. La moneda, mercancía sujeta a las mismas variaciones de valor que las otras mercancías, solo expresa el precio nominal; una mercancía que, como la moneda, varía continuamente en su propio valor no puede ser una medida exacta del valor de las otras mercancías: “El trabajo solamente, no variando en su propio valor, es la sola, última y real medida con la que el valor de todas las mercancías puede en todo tiempo ser estimado y comparado”.

En el primitivo estado de la sociedad, la cantidad de trabajo es la única regla para comparar el valor de los objetos cambiados, con las naturales variaciones derivadas de la clase de trabajo, fácil o penoso, y del aprendizaje requerido. “En este estado de cosas, el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador”. Pero cuando se ha producido una acumulación de capital en manos de ciertos individuos que emplean los brazos de otros poniendo los materiales necesarios, el valor del producto se descompone en salario del obrero y beneficio del capitalista. Y cuando la tierra ha dejado de ser propiedad común y aparece la categoría de los propietarios, surge un nuevo elemento del precio, la renta de la tierra, y, por consiguiente, una nueva categoría de copartícipes en el producto del trabajo. En cada país y en cada época, existe un nivel medio o corriente para la tasa de los salarios y beneficios y para la renta de la tierra y que depende de causas generales de pobreza o prosperidad. Se llama precio natural al precio que justamente alcanza a proporcionar a cada copartícipe la renta, salario y beneficio corrientes. Ahora bien; la oferta y la demanda puede introducir variaciones circunstanciales en este precio y establecer uno mayor o menor que el natural, pero tales variaciones serán solo temporarias, ya que, si aumenta la demanda de un producto y con ello su precio, nuevas tierras y nuevos capitales y brazos se dirigirán a tales empleos lucrativos de tal manera que en un tiem-

po más o menos corto se producirá la necesaria concidencia entre la oferta y la demanda. El precio natural, pues, es una especie de precio central alrededor del cual giran los precios del mercado, sin alejarse demasiado. Cuando Smith habla de demanda, se refiere a la demanda efectiva, vale decir, la demanda de aquellos que quieren y pueden pagar el precio de las mercaderías, y no a lo que llama demanda absoluta y que está dada por los que tienen necesidad de tales mercancías independientemente de su capacidad adquisitiva. Considera asimismo el caso de que un secreto industrial o comercial o un monopolio produzcan alteraciones relativamente permanentes en el precio natural.

Estudia en seguida la distribución de la riqueza entre los co-partícipes mencionados, considerando, en general, que la tasa de los salarios, del interés y de la renta, obedece a las leyes que regulan los precios.

El salario "natural" del obrero es aquel que basta para mantenerlo y aún algo de más, de tal manera que pueda sostener una familia y, con ello, perpetuar la "raza" de obreros. Los maestros tienen una especie de acuerdo tácito entre ellos para rebajar los salarios, y los operarios se alían, a su vez, para levantarlos. La lucha termina casi siempre con el triunfo de los primeros que tienen más capacidad de resistencia al paro y a quienes protegen las leyes civiles dictadas para reprimir las coaliciones de siervos, trabajadores y jornaleros.

El "precio de mercado" del salario está determinado como el de todas las mercancías por la oferta y demanda, que en este caso es de brazos, y como él tiende siempre a recobrar su nivel natural. La prosperidad pública y la riqueza nacional son causa y efecto, a la vez, de los salarios altos, ya que los trabajadores constituyen la clase más numerosa de la sociedad: "No puede ciertamente ser feliz y floreciente una sociedad en la cual la parte más grande de sus miembros sea mísera y pobre". Distingue el salario nominal (cantidad de dinero), del salario real (cantidad de bienes que con él pueden adquirirse).

El interés o beneficio del capital está también determinado, en principio, por el grado de prosperidad y riqueza del país, aunque en sentido inverso al caso del salario: "El incremento del capital que levanta el salario, tiende a bajar el beneficio". La mu-

tua concurrencia de los capitalistas tiende naturalmente a bajar el beneficio que cada uno obtiene. En una palabra, el precio de los capitales está determinado por la ley de la oferta y la demanda.

Y aunque, como se ha visto, salarios y capitales tienen un nivel corriente como consecuencia de la ley de oferta y demanda, existen, sin embargo, casos en que se mantienen variaciones, como sucedía en Europa en la época, derivadas, por una parte, de los diferentes empleos y, por otra, de la política seguida por los Estados. La desigualdad de las tasas por razón de la política de los Estados se presenta de los siguientes modos: Restricción de la concurrencia en algunos empleos (corporaciones, etc.), excesiva concurrencia en otros (casos de plétora profesional) y, finalmente, los impedimentos existentes para la libre circulación del trabajo y del capital de un empleo a otro y de una a otra plaza.

La renta de la tierra consiste en el precio que se paga por el uso de la misma; no resulta propiamente de los adelantos efectuados por el propietario en beneficio de ella, ya que hay tierras que producen renta y no han sido objeto de ninguna mejora, sino deriva de la productividad misma del suelo y del monopolio que resulta del hecho de existir las tierras en cantidad limitada. La renta no constituye un elemento esencial del precio de los productos, como el salario y el beneficio, sino que existe, se eleva y baja, según sea que el precio, determinado por la demanda, alcance o no a cubrir aquéllos, y deje o no un sobrante para el propietario de la tierra. Cubierto el salario corriente y el beneficio medio, todo lo demás va, como renta, al propietario que, en la mayoría de los casos, obtiene la porción más elevada del producto o de su precio.

Con el título de "La naturaleza, la acumulación y el empleo de los fondos" Adam Smith desarrolla en el Libro II la teoría clásica del capital. Enseña como, pasado el primitivo período inculto de la sociedad, en el que se producía solamente lo necesario para el consumo, el hombre aparta una porción del producido para dedicarlo a la venta y a la formación de un capital, proceso éste determinado por la división del trabajo, la que, a su vez, se acrecienta con la acumulación de capital. Formula la difundida clasificación de los capitales en fijos (los que no se consumen, como las fábricas, edificios, máquinas y útiles de trabajo) y circulantes (los que solo proporcionan un beneficio con el cambio y la

circulación, como las mercancías, el dinero, etc.). Distingue la renta total de la Nación (todo lo que produce anualmente el trabajo y la tierra) de la renta neta (ese mismo producido una vez deducido lo necesario para la amortización del capital). Considera que la causa primordial de la formación del capital es el ahorro y que éste se forma en virtud del deseo, innato en el hombre, de mejorar su situación. La importancia que atribuye al capital en la economía de un país está de manifiesto en la célebre proposición de que la industria se encuentra limitada por el capital.

La verdadera riqueza no consiste, como creían la mayoría de los mercantilistas, en la cantidad de metales preciosos, sino en el conjunto de cosas útiles, bellas y agradables, productos del trabajo. La moneda metálica no tiene valor de uso y su rol es el de intermediaria de los cambios; es "la gran rueda de la circulación". Y aún podría ser sustituida con ventaja por los billetes de banco en el orden interno a fin de emplear el oro y la plata para el comercio internacional. No teme una exagerada emisión de billetes porque cree, conforme a la teoría cuantitativa, que el nivel natural se restablece por el mecanismo de los precios.

Y aunque, por reacción contra la fisiocracia, restituye al trabajo su rol preponderante, mantiene su desdén por las llamadas riquezas inmateriales, producidas por los magistrados, abogados, médicos, literatos, etc. El trabajo de todos éstos es trabajo "improductivo".

En cuanto a los distintos empleos de capitales, no oculta su preferencia por la Agricultura, que reputa el empleo más ventajoso, en razón de que la naturaleza colabora gratuitamente con el hombre.

El libro III desarrolla un estudio histórico del desenvolvimiento económico de las naciones, referido principalmente a las relaciones entre las ciudades y los campos. Los beneficios del intercambio entre la ciudad y la campaña son recíprocos: la primera obtiene los medios de subsistencia y la segunda, con los productos manufacturados que recibe, una salida para el excedente de su producción. Encuentra en esto una nueva manifestación de la división del trabajo. Según Smith, el progreso armonioso de la economía nacional exige que las ciudades solo crezcan en razón del progreso agrícola, orden que ha sido contrariado por todos los Estados europeos.



El Libro IV está dedicado al estudio de “los sistemas de Economía Política”: el sistema del comercio o mercantilista y el sistema agrícola (fisiocracia).

Combate todas las prácticas mercantilistas atacando la balanza de comercio y tratando de destruir el prejuicio popular que confunde la riqueza con el dinero, sea oro o plata, y que deriva de la doble función de aquel como instrumento del comercio, y como medida del valor. La moneda es una mercancía como otra cualquiera, cuya oferta se adapta espontáneamente a su demanda, siendo inútiles y perjudiciales los reglamentos que tratan de impedir la libre y espontánea circulación de la riqueza. Las barreras aduaneras establecidas por el mercantilismo no hacen más que crear en favor de ciertas industrias una especie de monopolio del mercado interno, el que puede ser beneficioso para la industria que lo aprovecha, pero que no aumenta la riqueza del país. Ese monopolio da a los capitales una dirección artificial, siendo que la dirección que toman espontáneamente hacia los empleos más lucrativos resulta la más beneficiosa para la sociedad. El monopolio implica, asimismo, indicar a los particulares de qué modo deben emplear sus capitales. Y como la industria se encuentra limitada por el capital, las medidas prohibicionistas no podrán tener el efecto de acrecentar la potencialidad industrial sino, simplemente, como se ha dicho, de dirigir los capitales empleados productivamente hacia empleos que aquellas medidas ha vuelto artificialmente más lucrativos para los particulares.

Un nuevo y poderoso argumento en favor del librecambio encuentra en el principio de la división del trabajo que traslada al orden internacional. Las naciones deben proceder en la misma forma que los individuos: “Es una máxima de todo buen jefe de familia no intentar hacer jamás en casa aquello que le costará más hacer que comprar”. “Si un país extranjero puede proveer de una mercadería en mejores condiciones de lo que nosotros podemos hacerlo, mejor es comprarla de aquel con una parte del producto de la propia industria empleada en un modo en el cual tenemos alguna ventaja. Por otra parte, la libertad del intercambio permitirá la salida del excedente de la producción interna, favoreciendo así a los comerciantes exportadores, al atraer a los compradores extranjeros que, a su vez, deben pagar sus compras con

sus propios productos. La nación podrá vender más caro cuando sus mercados estén llenos de un mayor número de compradores. Con esta argumentación, Adam Smith proporciona a Juan Bautista Say los elementos con que había de elaborar su famosa Ley de las salidas.

Contempla asimismo el interés del consumidor afectado por la carestía que los impuestos aduaneros acarrearán: “los impuestos sobre las cosas necesarias a la vida tienen sobre las circunstancias del pueblo el mismo efecto que un suelo estéril y un clima pernicioso”.

A pesar de presentarse como el campeón del libre cambio, Smith acepta dos excepciones al principio y dos casos, además, que “pueden ser materia de deliberación” y que constituyen otras tantas excepciones: 1°.) Protección a las industrias necesarias para la defensa del país; 2°.) Impuestos aduaneros que tienen por objeto equiparar a la mercancía extranjera con la nacional cuando ésta se encuentra gravada por un impuesto interno; 3°.) Impuestos de represalia cuando el Estado extranjero grava los productos nacionales y solamente como un medio para obligar el retorno al librecambio; 4°.) Mantenimiento prudencial de los impuestos que han fomentado artificialmente ciertas industrias que constituyen la potencialidad económica de una región y emplean muchos trabajadores, de manera que el régimen de la libertad se establezca gradualmente y sin bruscos trastornos.

La crítica del sistema fisiocrático, que él llama agrícola, es más breve. Se dirige especialmente a combatir la preferencia que asignaba a la agricultura y el prejuicio de que la clase de artesanos y comerciantes es improductiva. Traza una síntesis del sistema y le reconoce, pese a sus imperfecciones, el alto mérito de haber sostenido el principio de la libertad y haber identificado la riqueza, no con el dinero como lo hacían los mercantilistas, sino con las cosas consumibles.

Termina el capítulo y el Libro IV con una reafirmación del espíritu liberal que anima toda la obra: “Habiendo sido completamente abolidos todos los sistemas de preferencia o restricción, el sistema simple y evidente de la libertad natural se establece por sí mismo”. “El soberano está absolutamente desligado de un deber, el que, intentado seguir, le expone necesariamente a innume-

rables desilusiones, y para el que no será suficiente jamás ninguna humana sabiduría ni conocimiento, el deber de superintendencia de la industria de los particulares y de dirigirla hacia los empleos más conformes a los intereses de la sociedad”. “Según el sistema de la libertad natural, el soberano tiene solamente tres deberes a cumplir, tres deberes en verdad de gran importancia, pero claros e inteligibles al común intelecto”: la defensa del país, la administración de justicia y el erigir ciertas obras e instituciones públicas necesarias y que no pueden dejarse libradas a la iniciativa particular.

Estos deberes, para ser cumplidos, requieren gastos y, por consiguiente, entradas. De ellas y, en general, de materia financiera, trata el Libro V y último de “La Riqueza de las Naciones”.

Tal es el contenido de la obra en una síntesis que no alcanza a poner de manifiesto toda su rica substancia.

En el orden sociológico, el pensamiento de Adam Smith sobre la función y la simpatía, “salvo algunos errores no advertidos por él” y cierta imprecisión en las distinciones y matices, es el antecedente indispensable en toda investigación sobre la función de los sentimientos en la vida social. Merece recordarse la influencia que, en este sentido, ha ejercido sobre algunas doctrinas sociológicas contemporáneas, sobre la de Giddings en primer término. De la “Teoría de los sentimientos morales” ha derivado la sugestión que este sociólogo desarrolla en su concepción de la conciencia de la especie, que no es otra cosa que la simpatía más la percepción de la semejanza por ella producida. Adam Smith, por su parte, aunque estudia la simpatía como un fenómeno psicológico individual, insiste sobre la coincidencia de los sentimientos entre los diversos sujetos y refiere siempre el valor de las acciones individuales a la utilidad social. Pareciera de ello que el gran economista tomaba conciencia de una “realidad social” distinta aunque inseparable de los individuos, materia propia de la sociología entendida como “la ciencia que estudia los procesos de inter-acción y sus productos”. Y este parecer se robustece más aún si pasamos de la “Teoría de los sentimientos morales” a “La Riqueza de las Naciones”. En ésta, Smith “describe” juiciosamente la base de la vida económica — la división del trabajo — casi diríamos como un “producto social”

que es “la necesaria consecuencia, aunque lenta y gradual, de una cierta tendencia de la naturaleza humana, la tendencia a traficar y cambiar una cosa con otra” y que “no se encuentra en otras especies animales”.

Bien se ve, de esta manera, que el juicio de Giddings, citado en un comienzo, no es exagerado.

Adam Smith ha sido considerado como el padre de la Economía Política por la gran mayoría de los historiadores de doctrinas. Y si algunos dudan aún en atribuirle esta paternidad, nadie niega ya que la aparición de “La Riqueza de las Naciones” señala un momento decisivo en la evolución del pensamiento económico.

Las directivas generales de la obra muestran una admirable síntesis de las dos corrientes antagónicas que se disputaban el campo de las especulaciones económicas. Descendiendo de las esferas providenciales donde los fisiócratas habían colocado los fenómenos de la vida social y su ordenación, Smith conserva su concepción de la regularidad y de las relaciones causales con una portada más sociológica y humana y, sin desprenderse de él enteramente, atenua el amor que la “secta” profesaba por la agricultura.

Al mismo tiempo que afirmaba el principio de la libertad para combatir el mercantilismo, toma de éste la dirección industrialista de muchos de sus adeptos y lo que era, a nuestro parecer, su aporte más ponderable: el criterio de diferenciación de la materia propiamente económica de las otras materias de índole moral, religiosa, política, etc., ausente en las especulaciones precedentes, y que permitirá, como condición ineludible, la constitución definitiva de la ciencia.

Ello basta para destacar que la actitud científica de Adam Smith señala un notable progreso con relación al mercantilismo y a la fisiocracia dominados por una preocupación casi exclusivamente normativa. Esta consideración es aplicable, sobre todo, a la primera parte de la obra; en ella, el sabio escocés estudia de una manera “descriptiva” el proceso de la formación de la riqueza con la intervención de los tres factores que en adelante serán clásicos — tierra, trabajo y capital — y el mecanismo de la distribución del producto en forma de retribuir la colaboración de cada uno, referido a un sistema de precios determinados por la ley de la oferta y de la demanda, posición ésta de gran aceptación en la doctrina

moderna. No menciona, es cierto, la palabra ley, pero toda la obra está llena de fórmulas que explica como el resultado de relaciones causales. No invalida este juicio la circunstancia de que a veces se deja dominar en exceso por su fé liberal, ni su conocida definición de la Economía Política: "Considerada como una rama de la ciencia del estadista o del legislador, se propone dos objetos distintos: . . . enriquecer al pueblo y al soberano". Con respecto a la primera, cabe observar que pocos autores logran escapar de parecidas debilidades; en cuanto a la segunda, es evidente que Smith ha querido definir lo que llamamos Política Económica, rama de la "ciencia" del Estadista o del legislador, como lo demuestra la ubicación de la definición (Introducción al Libro IV) y la materia que entra a tratar. Como dice Cannan, no puede dudarse que había efectivamente emprendido su tarea en el deseo de ampliar el horizonte de la ciencia.

Tal es el mérito más alto de nuestro autor. Desde un punto de vista objetivo, la obra está llena de verdades y de errores, y aún de contradicciones. Algunas de sus teorías y de sus razonamientos conservan hoy todo su prestigio, otras muchas han sido definitivamente superadas. Ilustrando sus doctrinas con numerosas referencias a la economía y a las instituciones de su tiempo y del pasado, ha contribuido en forma no despreciable para la historia económica de los pueblos, lo que desvirtúa la posición exclusivamente deductiva que por lo general se le atribuye.

Tampoco es original. Casi todas las materias tratadas ya fueron estudiadas por muchos autores y sus teorías están por lo menos insinuadas en obras precedentes. Pero cada una de esas materias y teorías recibe un sentido nuevo y una elaboración más perfecta y son objeto de una sistematización que las coordina en una armonía coherente de doctrina.

Y así como es el término de una evolución, "La Riqueza de las Naciones" señala la iniciación de otra. Aparte de la notoria influencia que tuvo en la política económica inglesa, en el campo doctrinal inaugura la llamada escuela clásica, y tanto sus verdades como sus errores constituirán los elementos con que han de trabajar los grandes economistas de la primera mitad del siglo XIX: Say, Malthus, Ricardo, Stuart y Mill. . .

---